

VENGO A BUSCARTE

De repente, me coge la mano y me susurra al oído: “vengo a buscarte”. Yo intento zafarme de esa mano blanca, fría, nervuda... Una mano que nunca fue joven. Una mano de siglos. No puedo ceder. No puedo dejarme llevar porque, si lo hago, ahí acabará todo.

“¿Por qué vienes a por mí tan pronto?! ¡es injusto, no lo merezco, aún soy un niño, tengo derecho a ser feliz! ¡son solo cinco años! ¡¿qué delito he cometido?!”.

Grito, pataleo, lloro, imploro libertad... Entonces, mi abuelo me mira como siempre lo hace, resignado y algo confuso, suelta mi mano y me deja seguir jugando un rato más en el patio del colegio.